

CONCLUSION

En las tres partes de este estudio se ha pasado revista a algunos de los aspectos más generales de nuestra estructura política, como son el juego político desde el punto de vista electoral entre 1810 y 1978, y los partidos y grupos políticos que existen en la actualidad con sus características ideológicas y los programas presentados al electorado en esta campaña electoral, para enmarcar y ayudar a comprender los análisis estático y dinámico de las elecciones legislativas del 26 de febrero pasado.

Para concluir, trataremos de recorrer el camino inverso: después de un breve recuento de los aspectos más sobresalientes del análisis electoral, trataremos de mirar estos resultados a la luz de las reflexiones que sugieren el abanico político-ideológico y toda la historia electoral del país.

Del análisis estático de las elecciones de febrero pasado, el principal fenómeno que se destaca, y no pocas veces señalado por los observadores, es el de la altísima abstención registrada: 66,90/o de los ciudadanos cedulados no se acercaron a las urnas. Pero la abstención no fue igual en todas las regiones del país. Las zonas más reacias a la participación son igualmente las más industrializadas, zonas situadas sobre todo en la región andina del país y preferentemente agrícolas. Además, parece que la ANAPO lanzó a no pocos de sus seguidores hacia la abstención.

En lo tocante a la fuerza relativa de los partidos, es evidente la situación mayoritaria del partido liberal: 560/o de los votos, pero, dada la baja participación, no más del 18,50/o del electorado potencial, lo cual permite arrojar ciertas dudas sobre la representatividad del partido "mayoritario". Además, con relación al número de votantes, el liberalismo está muy lejos de ser electoralmente un partido dominante a nivel nacional.

El voto liberal se caracteriza regionalmente (recordemos que este análisis fue hecho a nivel departamental) por provenir de los departamentos urbanos y rurales de clima más cálido, sobre todo de la costa atlántica. A pesar de lo que algunas veces se piensa, no se puede decir que el liberalismo sea un partido preferentemente urbano, a no ser que se tome como indicador de la urbanización solamente el caso de las más grandes ciudades. Igualmente, puede afirmarse que la desaparición, entre 1974 y 1978, de la ANAPO

acaudillada por María Eugenia Rojas no se tradujo en un beneficio apreciable para el liberalismo. Otro aspecto importante es el hecho de que el liberalismo urbano sigue más las orientaciones de Lleras Restrepo, pero esta es la línea minoritaria del partido, pues el clientelismo rural y de las pequeñas ciudades aplastó todas las pretensiones de la tecnocracia modernizadora de la burguesía ilustrada. Fue así como Julio César Turbay obtuvo el 66,50/o de los votos liberales, doblando los votos lleristas, que sólo llegaron al 29,7 por ciento.

El conservatismo mostró, una vez más, que es un partido minoritario (39,10/o de los votos y 12,90/o del electorado potencial). No obstante, puede afirmarse que los azules recibieron una buena parte de los votos que todavía conservaba la ANAPO en 1974. Regionalmente, se trata de un partido de tierras no cálidas, no ganaderas y no latifundistas; en otros términos, se encuentra mejor implantado en las regiones agrícolas de la zona andina del país.

La izquierda apareció, como ya lo había hecho en 1974 y 1976, con un arrastre electoral muy bajo (4,40/o de los votos y 1,50/o del electorado potencial). Está mejor implantada en las regiones abstencionistas, todavía anapistas en 1974, latifundistas, más industrializadas y urbanizadas.

La coalición encabezada por el partido comunista (UNO-ANAPO-MIL) es, por mucho, el mayor grupo electoral de la izquierda (67,10/o de los votos de izquierda). Además, se observa que cada uno de los grupos tiene una implantación propia y específica, lo que hace que la concurrencia entre las dos principales coaliciones de izquierda sea poca y que las posiciones hegemónicas a nivel departamental sean muy numerosas. La UNO-ANAPO-MIL está relativamente bien implantadas en las regiones más abstencionistas, es decir, antiguas anapistas e industrializadas. El FUP, por el contrario, está presente más que todo en zonas de minifundio, poco abstencionistas y poco urbanizadas. En los dos casos no se trata, pues, del mismo tipo de electorado.

Como fruto del análisis de las tendencias electorales a mediano plazo (1947-1978), merecen ser destacados los siguientes fenómenos: Aumento considerable (41,0 o/o) de la abstención, aunque con altibajos esporádicos. En cuanto a los partidos, el liberalismo ha seguido bastante de cerca los altibajos de la participación: ha perdido, entre 1947 y 1978 el 41,10/o del respaldo del electorado potencial. En el conservatismo la caída es mayor, con pérdida durante el mismo período, del 48,40/o del respaldo del electorado potencial.

Con relación al número de votantes, el liberalismo está

prácticamente estancado: 55,00/o de los votos en 1947 y 56,00/o en 1978. Pero, durante el Frente Nacional, el partido disminuyó, si se consideran las disidencias del MRL y de la ANAPO liberal. Por el contrario, el conservatismo, desde el mismo punto de vista ha descendido (-5 puntos), aunque menos que con relación al electorado potencial (-12,30/o). La izquierda, dada la proscripción electoral a la que fue sometida durante los 16 años del FN, no puede ser analizada a mediano plazo.

A corto plano, es decir, entre 1974 y 1978, puede decirse que la participación descendió considerablemente a nivel nacional: del 58,20/o al 33,10/o con relación al potencial electoral. Pero el progreso de la abstención no fue del mismo orden en todas las regiones. En el liberalismo se observa una gran estabilidad: 55,60/o y 56.00/o de los votos. Esta estabilidad también se observa a nivel departamental. Por parte del conservatismo, ha habido un progreso nada despreciable: 7,2 puntos, o sea el 22,60/o. Este adelanto también se observa en una buena parte de los departamentos. Sin embargo, sólo se trata de una recuperación parcial, si se considera la pérdida sufrida entre 1947 y 1974. La izquierda ha tenido un despegue difícil y a muy baja altura. Entre 1974 y 1978 se observa un relativo buen progreso en casi todos los departamentos, pero entre 1976 y 1978 hubo, más bien, estancamiento.

El abanico político-ideológico de los partidos y grupos existentes en la actualidad revela no pocos de los lunares y de las lagunas de nuestro sistema político.

Los seculares partidos tradicionales, el liberal y el conservador, brillan por su inmovilismo ideológico y pragmático: los gobiernos se suceden, los programas son siempre los mismos y los problemas se agravan. Por otra parte, las diferencias ideológicas de los partidos se han ido desdibujando con el tiempo y quizás también las irrestrictas fidelidades partidistas de antaño.

Cuantitativamente, da la impresión de ser un abanico político numeroso; pero cualitativamente es bastante estrecho y las opciones reales que se presentan al elector son bastante limitadas. De un lado, dos partidos de tipo netamente burgués, en donde incluso las ideas neoliberales de la democracia formal burguesa tienen poca cabida y la modernización estructural es francamente rechazada. De ahí las derrotas políticas administradas a Carlos Lleras por su propio partido en estos últimos años.

Por otro lado, están todos los partidos y grupos de izquierda, bastante numerosos, pero con muy poco respaldo electoral y una tendencia permanente al fraccionamiento, a excepción quizás del PC y del MOIR, los cuales muestran ya una cierta implantación a nivel departamental y una estructuración más sólida. En cuanto

a la concepción de la revolución también se encuentran no pocas posiciones divergentes que hacen más difícil la unidad. Para todos, aun para aquellos que participan en las elecciones, el posible apoyo electoral parece secundario; ninguno de ellos cree, en el caso colombiano, en la posibilidad de realizar la revolución y la conquista del poder por la vía electoral. Pero las concepciones acerca del tipo de revolución y las tácticas revolucionarias, lo mismo que del proceso de acumulación de fuerzas y de penetración en las diferentes esferas de la sociedad civil, no son las mismas en todos los grupos.

Entre los múltiples puntos en que divergen las diferentes organizaciones de izquierda en el país, existe uno de tipo estratégico que, para muchos de ellos, significa la imposibilidad de las alianzas, y es, como se dijo, el referente al tipo de revolución. Se pueden ubicar, frente al este problema, tres grandes bloques, haciendo énfasis en que al interior de ellos existen diversos matices.

1. Democracia de liberación nacional. Allí se inscribe fundamentalmente el PC. Para estos el carácter de la sociedad es capitalista. El problema agrario, no resuelto aún, exige una reforma agraria democrática. Los enemigos principales son: el Imperialismo, los capitalistas y los terratenientes. Además, para el Partido existe una burguesía nacional con características especiales.

2. Democracia popular. Aquí se encuentra la inmensa mayoría de los grupos ML, lo mismo que el MOIR. Los matices son bastante amplios ya que se habla de Revolución, Nueva Democracia, Democracia Popular, Liberación Nacional, etc. Estos sectores tampoco coinciden en una caracterización de la sociedad, pero la mayoría alude a una incidencia de remanentes feudales bastante fuertes. Sus enemigos principales son los terratenientes, la burguesía y el Imperialismo. No creen en la existencia de una Burguesía Nacional. Las armas de la revolución son: el Partido, el ejército y el frente.

3. Liberación nacional y socialismo. En un principio, esta caracterización fue propia de los grupos del Campo Socialista, pero el mismo campo ML ha visto el surgir de organizaciones que, reconsiderando su caracterización, se inscriben ahora en esta corriente. Dentro de ellos existen matices muy diversos, pues algunos conciben la liberación nacional como tarea y otros como etapa. Pero todos coinciden en caracterizar nuestra sociedad como capitalista, con formas precapitalistas; algunos hablan de un desarrollo lineal, pero para otros esto se da con deformaciones de la dominación imperialista. El enemigo principal es el Imperialismo, en alianza con las burguesías locales y los terratenientes y no existe burguesía nacionalista. Se diferencian también en cuanto al proceso de acumulación de fuerzas y en lo relacionado con las diferentes formas de lucha.

Sea lo que sea, las interminables polémicas ideológicas y pragmáticas acerca de la revolución son más bien contraproducentes desde el punto de vista electoral; son discusiones que sólo los iniciados pueden comprender y seguir de cerca, mientras que los problemas y las expectativas de los posibles electores de izquierda se centran sobre aspectos más concretos e inmediatos de la vida real. Todo discurso político, si quiere suscitar un cierto respaldo, tiene que presentar una buena dosis de respuesta a problemas de tipo coyuntural.

Del análisis histórico de la primera parte de este estudio, se desprenden no pocas lecciones de gran importancia.

En primer lugar, se observa que la vida política del país ha sido monopolizada por los dos grandes partidos tradicionales. Todos los intentos por quebrar el bipartidismo rígido han fracasado. Más aún, la actividad electoral ha estado siempre presente en nuestra vida política durante estos 168 años, y esto es excepcional en el contexto latinoamericano. Sólo en dos ocasiones (sin contar el efímero golpe de Melo en 1853) se ha efectuado la toma del poder por medio de golpes militares: en 1861, el general Mosquera toma el poder por la fuerza, aliado con el grupo civilista del liberalismo radical, que le impedirá consolidar una hegemonía caudillista; y en 1953 el general Rojas Pinilla igualmente con el apoyo de los partidos políticos, derrota al conservador Laureano Gómez y gobierna durante un poco menos de cuatro años, sin lograr tampoco consolidarse políticamente. Paradójicamente, durante la época del federalismo (1863—1886) los cambios del poder en los Estados federales fueron casi siempre el fruto de golpes militares.

¿Por qué los partidos tradicionales colombianos han subsistido durante tanto tiempo sin debilitarse? Una posible explicación sería esta ausencia de militarismo, el alto grado de lucha política y el papel opositor que siempre ha jugado uno de los dos partidos, dejando en todo momento abiertas las posibilidades de alternación. Además, siempre el partido de gobierno (o los partidos, en tiempos de coalición) ha sufrido disidencias que han sabido contener los efectos de la pérdida de popularidad y capitalizar el descontento manteniendo vivas las esperanzas de renovación. Para algunos, los militares han tenido en América Latina el papel de una **autocracia unificadora**, pero en Colombia los mismos civiles han podido desempeñar ese papel. Podría, pues, afirmarse igualmente: el poco debilitamiento de los partidos explica la ausencia de militarismo.

Para los partidos tradicionales es cuestión de vida o muerte el usufructo del poder. Durante los años treinta y cuarenta de este siglo, surgieron en América Latina partidos más progresistas, populistas y socializantes, precisamente en el momento en que los mili-

tares dejaban el poder y los países regresaban a una nueva etapa de gobiernos civiles. (Hay que tener en cuenta que el militarismo de esos años, en América Latina, es muy diferente del militarismo de los últimos quince años). Los militares, pues, a pesar de ellos mismos, han contribuido a la modernización política del continente. Quizás ahora, asimiladas las lecciones del pasado, están tratando, con sus dictaduras, de hacer "mejor" las cosas.

En segundo lugar, se observa la manipulación que durante toda la historia política del país se ha hecho de la legislación y de las posibilidades de participación electoral, tanto por parte de los liberales como de los conservadores. Durante todo el siglo pasado y comienzos del presente, los liberales se oponían a la universalización del sufragio, y no les faltaba razón desde el punto de vista político. En efecto, en 1856, en la única elección presidencial que se realizó durante el siglo pasado por sufragio universal directo, triunfan los conservadores. Esto no causa ninguna extrañeza si se tiene en cuenta que los curas, casi todos conservadores furibundos, manipulaban fácilmente al pueblo. Así se explica el que, durante el federalismo, en casi todos los Estados conservadores se implantó el sufragio universal. Hubo que esperar hasta 1936 para que un gobierno liberal introdujera, con la oposición esta vez de los conservadores, el sufragio universal, por lo menos para los varones. En la actualidad, llama la atención el que todavía algunos intelectuales conservadores parecen inclinados a la introducción de restricciones censitarias al sufragio.

La universalización del sufragio es, pues, un fenómeno relativamente tardío:

- 1936: suspensión de las restricciones censitarias de tipo cultural y económico. Pueden votar todos los varones mayores de 21 años.
- 1947: primera elección senatorial por sufragio universal directo.
- 1957: las mujeres mayores de 21 años participan por primera vez.
- 1976: todos los mayores de 18 años entran a formar parte del electorado.

Otros de los puntos por los cuales luchó durante largo tiempo el partido liberal fueron: la adopción de un documento de identificación electoral y la representación de las minorías.

A pesar de que ya en el siglo pasado había quienes proponían la cedulación, esta sólo comenzó a utilizarse en 1935 como documento de identificación del elector. Los conservadores siempre se habían opuesto a la expedición de dicho documento. La cedulación se transformó muy pronto en uno de los instrumentos del partido de gobierno para disfrazar el fraude electoral. Por eso, durante toda la década del cuarenta, siempre hubo más cédulas que varones en edad de votar. Más adelante, durante la violencia, la misión de los grupos armados consistía no solamente en acabar con el

enemigo sino también en recoger las cédulas.

En tercer lugar, y este es uno de los aspectos más importantes del presente estudio, debemos sacar las lecciones de la historia secular de la participación. Los cálculos del potencial electoral durante el siglo pasado son muy difíciles de hacer, por no decir que imposibles, porque no se conocen los registros electorales y los censos de población son muy deficientes. Nótese, sin embargo, que en la única elección presidencial por sufragio universal que hubo en el siglo pasado se registró una participación comparable al promedio de estos últimos 30 años: 41o/o en 1856 y 52,6o/o en promedio entre 1947 y 1978 (recuérdese que en febrero de 1978 no fue sino del 33,1o/o). La "democratización" de la legislación no ha producido, por lo tanto, ningún efecto positivo sobre la participación. Durante muchos años, al pueblo, más integrado dentro de las estructuras sociales y políticas tradicionales, se le mantenía legalmente alejado de las urnas. Actualmente se ha suprimido casi por completo la marginación legal, pero ha surgido un nuevo tipo de exclusión política, fruto de la dominación socioeconómica a que ha sido sometida la gran mayoría del pueblo colombiano.

Finalmente, y en conexión directa con el análisis de las elecciones de 1978, ya desde el siglo pasado se manifiestan —y quizás de una manera más nítida aún— las características regionales y geográficas del voto.

Todos estos hechos y las reflexiones inmediatas que de ellos han surgido, nos llevan forzosamente a dos consideraciones más amplias y de tipo estructural. La primera toca a los partidos de derecha y la segunda a los partidos de izquierda.

Los partidos de derecha, el liberal y el conservador, solamente podrán subsistir en la medida en que logren conservar en el país las estructuras propias de la sociedad tradicional. En efecto, dichos partidos, dado lo arcaico de sus maquinarias proselitistas, su rechazo a y su imposibilidad de toda democratización y modernización internas (lo contrario sería renunciar a su propia esencia), irán perdiendo cada vez más apoyo electoral, en la medida en que sigan progresando la urbanización y la industrialización, con sus características propias de concentración del poder y de dominación económica, el ahondamiento de las desigualdades, la presencia, cada vez más nítida de clases sociales antagónicas, y el surgimiento y organización independiente de un proletariado urbano y rural consciente de que la liberación nacional sólo puede ser fruto de las luchas de clases. El clientelismo, única arma de la oligarquía, capaz de encuadrar la participación política en las sociedades tra-

dicionales, es muy poco eficaz en este terreno. La derrota de las ideas modernizadoras del partido liberal, propuestas por Carlos Lleras Restrepo y Hernando Agudelo Villa, son una muestra clara de dicha imposibilidad. El error de Lleras consistió en haber propuesto al partido una reforma estructural que este no podía aceptar sin renunciar a la esencia elitista de todo partido liberal.

Ciertos sectores "progresistas" de derecha parecen haber comprendido esto y se han esforzado por introducir en el sistema algunas reformas puntuales de tipo agrario, urbano, tributario, etc. que sólo han servido para poner de manifiesto la incapacidad de modernización de las clases dominantes y para descubrir las profundas divisiones internas de la clase hegemónica.

En consecuencia, la transformación del país atenta contra la prolongación indefinida del control sociopolítico que actualmente ejerce la clase hegemónica. Por más que lo pretendan, la clase dominante no podrá detener el curso de la historia, la lucha política se explicitará cada vez más como lucha de clases, y la clase dominante será cada vez más una inmensa minoría, impotente para detener al pueblo en el momento en que este tome conciencia de su papel histórico y decida coger en sus manos las riendas de la dirección de la sociedad. Este paso, ciertamente, según puede deducirse hasta hoy del contexto político latinoamericano, no podrá darlo por la vía electoral.

Las reglas de la democracia formal, y en concreto el juego electoral, son instrumentos de la dominación burguesa, de los cuales se servirán tanto cuanto contribuyan a la perpetuación de su dominación. En el momento en que electoralmente la "legitimidad" de esta dominación llegue a ponerse en duda, acudirán a otros recursos bien conocidos, y ellos serán los primeros en pisotear sus instituciones y en poner en práctica los medios violentos y la dominación armada que tanto los "escandaliza" en la actualidad. La historia latinoamericana de todo este siglo no deja ninguna duda al respecto. En esto ni siquiera la burguesía nacional es libre de tomar sus decisiones, dada nuestra situación de dependencia en el contexto económico y político internacional.

La clase dominante ha ampliado el derecho a participar, pero en la práctica ha negado toda posibilidad real de modernización de los canales de participación. Sabe muy bien que, para la hegemonía política de los partidos tradicionales, es necesaria la conservación de las estructuras de la sociedad tradicional. Pero, la nueva clase urbana, y el proletariado industrial y agrario escapan progresivamente a la dominación de la clase hegemónica, mientras que los partidos tradicionales sólo logran conservar dos grupos en los cuales cimentar su "legitimidad": la clientela rural y la clientela burocrática.

Las clases dominantes han ejercido, pues, sobre el pueblo, un estricto sistema de **participación controlada**. Del burdo y "antidemocrático" control legal, se ha ido pasando al sutil y no menos eficaz control social de la participación, en la medida en que la transformación de la sociedad tradicional hacía menos eficaces las restricciones censitarias. Poco a poco, el sistema fue sintiendo la necesidad de apoyarse precisamente en aquellos estratos de la población que antes eran alejados jurídicamente de la participación electoral.

A medida que estos grupos tradicionales sean proporcionalmente más pequeños y menos representativos de la población total, la clase hegemónica se sentirá menos respaldada, más débil y más amenazada: máxime si los grupos excluidos políticamente logran encontrar sus propios canales de participación política. Tarde o temprano, la clase dominante se encontrará abocada a la necesidad de jugar su última carta, apoyándose abiertamente en el pequeño grupo que tiene el monopolio legal del ejercicio de la fuerza armada.

Como decía Marx a propósito de la burguesía francesa de mediados del siglo pasado: "La burguesía, al rechazar el sufragio universal, con cuyo ropaje se había vestido hasta ahora, del que extraía su omnipotencia, confieza sin rebozo: **"nuestra dictadura ha existido hasta aquí por la voluntad del pueblo; ahora hay que consolidarla contra la voluntad del pueblo"**. Y, consecuentemente, ya no busca apoyo en Francia, sino fuera, en tierras extranjeras, en la **invasión"**.

La izquierda, por su parte, o al menos una gran parte de ella, ha tomado, desde el final del Frente Nacional, la decisión "táctica" de participar en las elecciones, pero sus intenciones no son todavía muy claras. Se las rechaza como ineficaces para conquistar el poder y sólo se las acepta como medio de propaganda, de contacto con las masas, etc. Se trata, pues, de una política bastante ambigua. Se participa en el juego electoral a medias y sin creer plenamente en él. Esta actitud acarrea, quiérase o no, consecuencias muy delicadas:

- Participando en un juego electoral al que igualmente niegan toda fuente de legitimidad revolucionaria y del poder que ellos quieren instaurar, piden al elector un tipo de comportamiento que es difícilmente comprensible para ellos. De esta manera, el arrastre electoral siempre será muy difícil.
- Al mismo tiempo, quiéranlo o no, los partidos de izquierda se prestan al análisis electoral cuantitativo, del cual, en términos absolutos, siempre salen muy desfavorecidos y permiten el que cada dos años se les contabilice su debilidad.

—Por lo menos tácitamente hay una aceptación de las reglas del juego político de la democracia burguesa.

—Al aceptar el disfrutar de las garantías que les ofrece el sistema para el desarrollo de su campaña, muchas de las críticas contra el Estado antidemocrático y represivo son menos creíbles. Dígase lo mismo del uso de los espacios de televisión.

Es cierto que la participación en la actividad electoral también puede acarrear no pocos beneficios:

—Por la acción electoral directa, dentro de la “legalidad”, los partidos se dan a conocer, salen del **ghetto**, del mito, del tabú. Pueden crear ellos mismos su propia imagen y liberarse de los estereotipos caricaturales divulgados por los medios de propaganda burguesa.

—La exposición de sus ideas sobre la sociedad colombiana y de sus plataformas de acción política responderán ciertamente a las expectativas de muchos y podrá ayudar a borrar los prejuicios de no pocos.

—La participación electoral de izquierda puede ser considerada como uno de los termómetros para medir el respaldo del pueblo a sus acciones políticas extraelectorales.

Pero, estos inconvenientes no se podrán evitar, y estas y otras ventajas no se podrán lograr mientras no se participe a cabalidad y explotando al máximo todos los recursos de la acción política en la lucha propia del período electoral. Con una participación ambigua y a medias ni se evitará lo uno ni se logrará lo otro. El juego electoral es un arma muy peligrosa en el cual, si no se quiere participar de lleno, es mejor no participar.

No es conveniente retomar aquí el largo debate sobre las implicaciones teóricas y prácticas de la participación electoral de los grupos de izquierda. Ya vimos cómo las posiciones de Marx, Engels y Lenin sólo pueden ser entendidas en un contexto histórico bien determinado. Partimos del **hecho** de que en la actualidad, en Colombia, un gran número de los partidos y grupos de izquierda, y entre ellos los mejor implantados, han adoptado la “táctica” de la participación electoral. Pero una cosa es cierta: la izquierda, o por lo menos algunos grupos de ella, encontrarían un terreno propicio para la movilización electoral, consecuencia de la transformación demográfica (urbanización) y socioeconómica del país, y sobre todo del fortalecimiento del proletariado urbano y rural, en la medida en que sigan agudizándose las contradicciones del sistema capitalista y de dominación interna y externa y progrese la conciencia de clase del proletariado y el desarrollo cualitativo y cuantitativo de las luchas de clases. Así, van haciéndose inoperantes las seculares tácticas clientelistas y los partidos tradicionales van perdiendo irreversiblemente sus capacidades de manipulación del pueblo.

El voto flotante y el cambio de las preferencias partidistas no se da en muchos casos en forma directa. El desaliento o la indecisión política (la pérdida de la fe política en un partido determinado) encierra, por lo menos temporalmente, a muchos de los antiguos participantes en la sala de espera de la abstención. Este batallón de inconformes constituye un terreno propicio para la acción proselitista de los partidos de oposición.

Pero los partidos de izquierda no podrán entrar a llenar este vacío político mientras no sean verdaderos partidos de masas y no adopten los métodos de lucha electoral propios de los partidos de masas. Frente a la acción de los caciques de la derecha, hay que presentar la acción proselitista de la militancia organizada de los partidos de izquierda. Un fecundo semillero de votos de izquierda nunca podrá ser sembrado ni por la penetración de sus órganos de prensa, de circulación bastante limitada, ni por carteles y afiches que nunca podrán competir ni en lujo ni en centenares de metros cuadrados con los que puede colocar la derecha, ni por el uso de los medios de comunicación masivos, controlados por el Estado y por los grandes monopolios, ni por los esporádicos discursos y mítines organizados por los líderes y los candidatos en vísperas de elecciones. Los votos de izquierda serán siempre un reflejo de la acción política y electoral, la presencia y el dinamismo de la militancia. Estas no pueden limitarse a las épocas electorales sino que deben darse ininterrumpidamente en todas las luchas sociales, cívicas, sindicales, estudiantiles, agrarias, intelectuales, etc. Mientras los partidos de izquierda no trabajen simultáneamente por el desarrollo numérico y la formación teórica y práctica de su militancia, su actividad política será deficiente, y efecto de la impotencia de grupos minúsculos y de poco impacto.

Sin querer sugerir paradigmas, y solamente como información, no está mal el considerar uno de los partidos de la izquierda europea que tiene más experiencia en la lucha electoral: se trata del partido comunista francés. En noviembre de 1977 el PCF contaba con 611.000 miembros. Por otro lado, en las elecciones del pasado 12 de marzo (legislativas, primera vuelta) obtuvo 5.870.402 votos (20,60/o). Es decir que el partido cuenta con 10 electores por cada miembro inscrito.

Ante la imposibilidad de obtener información sobre la militancia de los partidos de izquierda en Colombia, lo único que podemos hacer es plantearnos la siguiente disyuntiva: o su militancia es numerosa o no lo es. En el primer caso, su participación en las campañas electorales es poco activa o poco efectiva. En el segundo caso habrá que insistir, antes que todo, en el desarrollo cuantitativo y en la formación de los militantes para la acción política.

Entre una derecha encastillada en sus privilegios y en sus

posiciones, prisionera de su inmovilismo y de su incapacidad de modernización, y que pierde cada vez más apoyo popular (sobre todo urbano), y una izquierda que se desgasta en polémicas intestinas e intergrupales que el pueblo no siempre entiende, y que no posee ni un lenguaje ni una organización eficaces que les permita llegar al pueblo y obtener su respaldo, queda una "tierra de nadie" muy amplia en nuestro abanico político, dejada por los partidos de derecha, y que hasta ahora ninguno de los partidos de izquierda ha logrado llenar. No existe un movimiento político con amplio respaldo popular, con un lenguaje, una organización de la militancia y una actividad proselitistas comprensibles y movilizadoras. El partido o grupo que logre llenar este vacío tendrá por delante un amplísimo panorama político.